

LEER DESDE EL CUERPO. UNA SEMIÓTICA FENOMENOLÓGICA DE LA LECTURA¹

READ FROM THE BODY. A PHENOMENOLOGICAL SEMIOTICS OF READING

Manuel González de Ávila

Universidad de Salamanca

deavila@usal.es

Resumen: La teoría de la literatura ha pensado la lectura desde posiciones casi exclusivamente intelectualistas, como si leer fuera solo o en primera instancia una actividad cognitiva. Pero la semiótica y las ciencias sociales contemporáneas —y en particular la antropología y la sociología— están devolviendo al cuerpo, esto es a los sentidos y a las emociones, su centralidad en la mayor parte de las prácticas culturales, y entre ellas la lectura. Esta investigación trata de equilibrar los dos modos de concebir el acto lector: aun cuando presta especial atención al segundo, al sensorial y emocional, lo hace sobre la base del modo cognitivo, y con el propósito de avanzar hacia una potencial integración de ambos.

Abstract: The theory of literature has thought reading from almost exclusively intellectualist positions, as if reading was only or primarily a cognitive activity. But semiotics and contemporary social sciences, and particularly anthropology and sociology are restoring the body, that is the senses and emotions, to its centrality in most cultural practices, among them reading. This article tries to balance the two modes of conceiving the act of reading: although he pays special attention to the second, the sensory and emotional one, it does so on the basis of the cognitive mode, in order to move towards a potential integration of both.

Palabras clave: Teoría de la lectura. Cuerpo. Emociones. Mimesis. Cognitivismo.

Key Words: Theory of reading. Body. Emotions. Mimesis. Cognitivism.

1 El presente artículo se inscribe dentro de las actividades del grupo de investigación ILICIA- Inscripciones literarias de la ciencia (Universidad de Salamanca).

1. LECTURA Y LECTURAS

¿Qué nos sucede cuando leemos? ¿Qué ocurre desde el momento en que abrimos las páginas de una obra literaria, y entramos dentro de un universo fabricado con palabras pero a la vez extrañamente consistente, un universo que se impone a nuestra percepción aunque se trate ante todo de un constructo verbal? Nos referimos, claro está, a la lectura de textos figurativos, marcados por la representación del mundo, y no a la de otros en los que predomina la abstracción y el juego conceptual, como pudieran ser los que calificamos de “filosóficos” o de “científicos”, pese a que tales distinciones resulten en parte forzadas y a que cierto grado de figuratividad esté presente en cualquier manifestación discursiva². Y aludimos a la que podríamos denominar *lectura ordinaria*, la que practica todo lector espontáneamente, y no a las lecturas profesionales o estratégicas, que suelen adolecer de escolasticismo, ni tampoco a las lecturas desviadas o aberrantes, movidas a menudo por un forzado afán de distinción. La lectura que nos concierne aquí es la que Italo Calvino describe en *Si una noche de invierno un viajero*³ a través del narrador y de los personajes de la Lectora, del editor Cavedagna y del escritor Silas Flannery, otros tantos enunciadores delegados suyos que formulan con sistemática insistencia el enigma del acto lector, o el acto lector como enigma:

[Habla la Lectora] *La novela que más me gustaría leer en este momento —explica Ludmilla— debería tener como fuerza motriz solo las ganas de contar, de acumular historias sobre historias, sin pretender imponerte una visión del mundo, sino solo hacerte asistir a tu propio crecimiento, como una planta, un enmarañarse como de ramas y hojas...*

En esto te encuentras al punto de acuerdo con ella [habla el narrador]: dejando a tus espaldas las páginas desgarradas por los análisis intelectuales, sueñas con recobrar una condición de lectura natural, inocente, primitiva... (Calvino, 2013: 107).

[Habla el editor Cavedagna] *Hace tantos años que trabajo en una editorial... pasan por mis manos tantos libros... pero ¿puedo decir que leo? No es a eso a lo que yo llamo leer... en mi pueblo había pocos libros, pero yo leía, entonces sí que leía... Pienso siempre que cuando me jubile volveré a mi pueblo y me pondré a leer como*

2 Por figuratividad entendemos el poder de nuestros lenguajes para dar cuenta de la apariencia del mundo, es decir su capacidad para traducir la experiencia sensible y perceptiva de las formas significantes de la realidad a la experiencia simbólica de los significados verbales, visuales u otros. Una de sus variedades fundacionales sería la mimesis.

3 Citaremos en lo sucesivo por la traducción española de Esther Benítez en Ediciones Siruela (2013, última reimpresión).

antes. De vez en cuando aparto un libro, este lo leeré cuando me jubile, digo, pero después pienso que ya no será lo mismo... Esta noche he tenido un sueño, estaba en mi pueblo, en el gallinero de mi casa, buscaba, buscaba algo en el gallinero, en el cesto donde las gallinas ponen los huevos, y ¿qué encontré?, un libro, uno de los libros que leí de niño, una edición popular, las páginas todas rasgadas, los grabados en blanco y negro coloreados por mí, al pastel... ¿Sabe? De niño para leer me escondía en el gallinero... (Calvino, 2013: 111).

[Habla el narrador] [...] *Pero te consuela la confianza que Cavedagna sigue nutriendo en la posibilidad de una lectura ingenua, inclusive aquí en medio (Calvino, 2013: 123).*

[Habla el escritor Silas Flannery] *Quién sabe qué leerá. Sé que no es un libro mío, e instintivamente sufro por ello, siento los celos de mis libros que quisieran ser leídos como lee ella. No me canso de mirarla: parece vivir en una esfera suspendida en otro tiempo y en otro espacio (Calvino, 2013: 139).*

¿Hace cuántos años que no puedo concederme una lectura desinteresada? [...] Todos los días antes de ponerme a trabajar miro a la mujer de la tumbona: me digo que el resultado del esfuerzo innatural al que me someto escribiendo debe ser la respiración de esta lectora, la operación del leer convertida en un proceso natural, la corriente que lleva las frases a rozar el filtro de su atención, a detenerse por un instante antes de ser absorbidas por los circuitos de su mente y desaparecer transformándose en sus fantasmas interiores, en lo que en ella es personal e incomunicable (Calvino, 2013: 182).

Una lectura inocente, natural, primitiva, ingenua, desinteresada, según Calvino en su bella e irónica narración metaliteraria. Justo esa clase de lectura que forma al lector, que crea lectores y los socializa dentro del campo literario, la lectura que hace amar la lectura e incluso *ser lectura*:

En el aeropuerto africano, entre los rehenes del secuestro que esperan derregados en el suelo dándose aire o acurrucados bajo los plaid distribuidos por las azafatas al descender bruscamente la temperatura nocturna, Marana admira la imperturbabilidad de una joven que está acucillada aparte, con los brazos que ciñen las rodillas alzadas en atril sobre la falda larga, el pelo que llueve sobre el libro tapándole el rostro, la mano relajada que vuelve las páginas como si todo lo que importa se decidiese allí, en el siguiente capítulo (Calvino, 2013: 140).

Mientras tanto, ¿qué haces?, ¿cómo ocupas esta ausencia tuya del mundo y del mundo de ti? Lees: no apartas los ojos del libro de un aeropuerto al otro, porque más allá de la página está el vacío, el anonimato de las escalas aéreas, del útero metálico que te contiene y te nutre, de la muchedumbre pasajera siempre distinta y siempre igual (Calvino, 2013: 219).

La lectura natural supone un desafío para los investigadores, hasta el punto de que con frecuencia se la ha tenido por el “punto ciego” del conocimiento literario, por su zona de sombra o de opacidad impenetrable (Charles, 1998: 26); o se ha argüido que sobre ella no hay nada relevante que decir, a fuerza de antojarse consabida (Todorov, 1978: 17). Entre ambos extremos, el de la incognoscibilidad de lo que adviene al leer y el de su obviedad, se sitúa cuanto está en condiciones de exponer acerca de la lectura la semiótica, una disciplina que se desenvuelve con soltura en las borrosas fronteras de la ciencia con la filosofía y de la filosofía con la literatura, en esos espacios intermedios donde tal vez se enuncian las más sugerentes propuestas del saber contemporáneo. A la semiótica recurriremos como heurística capaz de indagar la lectura inocente de textos literarios sin enredarnos en el mito de su inescrutabilidad ni en la convención de su trivialidad.

2. LA ESTÉTICA DE LA LECTURA

Abrir una obra literaria impone una ruptura en el continuo indiferenciado de la vida cotidiana, una ruptura que, en términos generales, puede definirse como una experiencia estética. Quien decide “entrar” leyendo dentro del campo literario corta con sus antecedentes prácticos —con sus afanes y ocupaciones— para entregarse a una vivencia que lo aísla de su entorno físico y le induce, como veremos, un estado segundo, somático, emocional e intelectual. El operador de dicha *fractura estética* es el texto literario, un objeto más o menos canónico previamente saturado de valor y casi carismático. Con este sostendrá el lector una relación a la par carnal y espiritual, sensible e inteligible, durante el tiempo que dure la lectura, que para él supondrá una conmoción, de mayor o menor intensidad según sus disposiciones previas, el género literario leído, el escritor escogido y su prestigio como “autor”; y según otros factores socioculturales que constituyen la infraestructura de cada acto lector, el cañamazo objetivo sobre el que viene a tejerse el bordado primoroso de la lectura subjetiva. Naturalmente, la anterior descripción debería atenuarse en aquellos casos en los que el lector busca en el texto literario sobre todo entretenimiento y diversión —categorías de pascaliana universalidad—, satisfacciones inmediatas para las que la psicología probablemente tiene explicación suficiente y que no entrañan dificultades teóricas mayores. Pero se da también, dentro de la que hemos

reputado de lectura ordinaria o natural, una modalidad comprometida, exigente y entregada a la vez. Una lectura para la que el precedente esbozo de la relación lectora vale hasta el punto de que lo que se espera de ella es nada menos que la conjunción total entre el lector y lo leído: una suerte de revelación que anule la distancia ontológica entre el sujeto y el objeto, y que convierta la conmoción lectora en un más allá del sentido tras el cual se atisbe *la forma de una vida verdadera*. Es esa lectura densa e intensa la que nos atañe en estas páginas, una lectura cuya dimensión moral, e incluso sacramental, parece patente. Nada hay de extraño en ello, puesto que el campo literario absorbió, desde su autonomización en el siglo XIX, parte de los valores hasta entonces exclusivos del campo religioso (Viala, 1985; Bourdieu, 1992). Leer gran literatura como la gran literatura exige ser leída —al menos como lo exigía hasta la degradación posmoderna del monumento literario en acontecimiento mediático— consiste en una comunión íntima entre *el que lee* y *lo que lee*, por más que pareja comunión, al ser momentánea, deje tras de sí la impresión de haberse malogrado, y aunque el lector necesite seguir leyendo con la esperanza de hacerse alguna vez, lo avanzamos al principio, uno con lo leído. He ahí, groseramente esbozada, la experiencia estética de la lectura. Y son sus condiciones de posibilidad las que nos ocuparán a partir de ahora⁴.

3. LA CONVOCACIÓN DE LA PRESENCIA

La primera de las condiciones de posibilidad reclamadas por la lectura estética, plena, reveladora, es sin duda una fenomenológica, y concierne al lenguaje en cuanto tal, y no únicamente al texto literario leído: la condición de que no exista solución de continuidad entre las palabras, el mundo y el ser; o, lo que es lo mismo, de que la realidad humana sea una magnitud integrada en el lenguaje, y no un sencillo objeto de referencia exterior, como quería el positivismo lógico. Pues sin caer en idealismo lingüístico alguno, que reduciría a vocablos el ser, cabe afirmar que para la conciencia, a todos los efectos, *el lenguaje es el ser enunciándose en presente*⁵, y que un vínculo indisoluble suelda la *physis* y el *logos*, la naturaleza y la cultura, a lo largo y ancho de la experiencia antropológica. Desde el punto de vista que será el nuestro, el lenguaje queda así sujeto al principio de realidad: el lenguaje no es, fenomenológicamente hablando, un mero medio de conocimiento —lo que ya sería mucho—, ni tampoco un simple instrumento de comunicación —tal cual sostendría una pragmática extrema—, sino la afirmación y la demostración mismas para el hombre de su aprehensión del mundo. Sea cual sea la intención que nos guíe al servirnos del lenguaje, hablar y escribir reproducen lo real humano, a lo que están

4 Esta visión de la lectura en tanto experiencia estética debe mucho a A.-J. Greimas (1987).

5 Cf. la conocida sentencia de H.-G. Gadamer: "El ser que puede ser comprendido es lenguaje" (2012: 567).

anclados *ab origine*, y de lo que no pueden desanclarse salvo al precio de alienarse de la humanidad (Coquet, 2007: 57, 107).

Si la ontología para el hombre es una ontología verbal, y la logosfera el universo que habitamos, queda aún por aclarar cómo se funden inseparablemente el ser (desde una perspectiva científica, la materia-energía) y la palabra (desde la misma perspectiva, el signo). La palabra, e incluso antes de ella cualquier acto de conciencia, brota de la constatación elemental de que *algo hay ahí* que atrae nuestra atención y despierta nuestra intención. Ese aún indefinido "algo" ha de ser entendido, en sus inicios, como un *campo de fuerzas*, de tensiones que generan en él actividad y movimiento. Poco a poco, y bajo los efectos de la relación intencional con el mundo, el campo de fuerzas se configura en tanto *campo de presencia* en torno a nosotros, o más bien en torno a nuestro cuerpo, entidad ante la cual las tensiones se hacen presentes. El cuerpo no tarda en explorar el campo de presencia con los sentidos a fin de tomar posición en él, y de convertirse después en instancia enunciativa que "dice", por medio de la palabra (o del gesto), el campo de fuerzas-campo de presencia, atribuyendo paulatinamente significados a sus diferencias tensivas y haciendo de él un *campo de discurso*. Brevemente compendiada, tal es la génesis de la presencia para el ser humano y el recorrido que conduce a su pronta semiotización, al entrelazamiento del mundo y del verbo, de la materia-energía y del signo. Esta explicación pudiera juzgarse abstrusa de no ser porque los poetas muchas veces la refrendan sin pretenderlo, simplemente escribiendo y proponiendo al escribir su lenguaje como genuina *donación del mundo*:

*El alba. Todo me espera
también hoy.
Una fe con su certera
voz de aliento
me impulsa y mantiene fuera
de este mundo que yo soy,
en un viento
que me enlaza a un real octubre.
No, no invento.
¿No soy yo quien él descubre?
(Jorge Guillén, Fe).*

*Dentro de poco saldrá el sol. El viento,
aún con su fresca suavidad nocturna,
lava y aclara el sueño y da viveza,
incertidumbre a los sentidos. Nubes*

*de pardo ceniciento, azul turquesa,
por un momento traen quietud, levantan
la vida y engrandecen su pequeña
luz. Luz que pide, tenue y tierna, pero
venturosa, porque ama. Casi a medio
camino entre la noche y la mañana,
cuando todo me acoge, cuando hasta
mi corazón me es muy amigo, ¿cómo
puedo dudar, no bendecir el alba
si aún en mi cuerpo hay juventud y hay
en mis labios amor?*
(Claudio Rodríguez, *Amanecida*).

El "todo", el horizonte óptico que aguarda al alba a Jorge Guillén, es el mismo que Claudio Rodríguez aprecia de amanecida como hospitalario. Ante aquel, uno y otro entran en un estado cognitivo y pasional de similar naturaleza, pero de dispar orientación modal: allí donde Rodríguez constata en sí, a pesar de un sentimiento de elevación, una leve ansiedad, un resabio de vacilación frente al ser del mundo (*cuando todo me acoge, cuando hasta/mi corazón me es muy amigo, ¿cómo/puedo dudar?*), Guillén declara en cambio su plena adhesión a la experiencia de la presencia (*Todo me espera*), una adhesión que, de puro firme, se trueca en creencia para-religiosa (*Una fe con su certera/ voz de aliento/me impulsa y mantiene fuera/de este mundo que yo soy*).

Aprehendida entonces como más o menos necesaria o contingente, como más o menos verdadera o falsa⁶, la presencia del mundo es traída a escena en un acto de asignación de sentido a lo percibido que constituye una auténtica *convocación enunciativa*, un llamamiento, una apelación potencialmente restallante a la experiencia del ser:

*Amaneció sereno y claro el día.
¡Todas a mí mis plazas, mis campanas,
mis golondrinas! ¡Toda a mí mi infancia
antes de que esté lejos! Ya es la hora,
jamás desde hoy podré estar a cubierto*
(Claudio Rodríguez, *Primeros fríos*).

6 Es decir, modalizada aléctica o veridictoriamente por la instancia de enunciación, que antes ha sido instancia de percepción.

La presencia es, por tanto, el primer modo de significación de lo que existe⁷. Pero se trata de un modo gradual, entreverado de diferencias, pues la presencia nunca se da sin su correlato dialéctico, la ausencia. De hecho, la función simbólica no consiste en otra cosa sino en la institución de lo ausente en lo presente y de lo presente en lo ausente Lacan (1966: 237-322), y en la modulación recíproca de ambos por la instancia enunciativa. Según tal modulación, las presencias convocadas en un texto pueden resultar relativamente intensas o extensas, densas o ligeras, lejanas o cercanas: el enunciador dispone las palabras presentificadoras en distintos estratos de profundidad, en diversos niveles de existencia perceptiva y valorativa. Así por ejemplo, en otro poema de Claudio Rodríguez, *Espuma*, una simple comparación empuja a la presencia el término comparado (“la espuma”) y los dos términos de la comparación (“la ceniza” y “una sonrisa”), pero en tres planos de ser particulares (uno *real*, otro *actual* y un último *potencial*):

<i>Miro la espuma, su delicadeza</i>	[Término comparado: <i>real</i>]
<i>que es tan distinta a la de la ceniza</i>	[Término comparante 1: <i>actual</i>]
<i>Como quien mira una sonrisa, aquella</i>	[Término comparante 2: <i>potencial</i>]
por la que da su vida y le es fatiga	
<i>y amparo, miro ahora la modesta</i>	
<i>espuma [...]</i>	[Término comparado: <i>real</i>]

Frente a “la espuma”, tema del texto, fragmento del ser cuya presencia la escritura reclama y único término efectivamente *realizado* en el poema, “la ceniza”, su primer término de comparación, aparece negativamente modalizado (la espuma es *tan distinta* a la ceniza), y no dispone sino de una existencia *actual*, a medio camino entre la presencia y la ausencia discursivas. “La sonrisa”, el segundo término de comparación, se halla por su parte situado en un plano de presencia puramente *potencial*, ya que mirarla es una rutina solo facultativa, que puede o no cumplirse (*Como quien mira una sonrisa...*). En el último verso de los citados, el enunciado poético, tras arrancar desde lo real (la espuma contemplada) y atravesar para captarlo primero por un elemento actual (la ceniza distinta de la espuma, pero cercana a ella en las sensaciones del poeta), y después por un segundo elemento potencial (la sonrisa ajena, que suele mirarse buscando en ella consuelo), retorna a lo real (*miro ahora la modesta espuma*). Así la espuma, una vez finalizada su inserción comparativa por los modos de existencia semióticos, cobra un *relieve* específico en el texto en contraste con los anteriores elementos simplemente

7 Sobre la compleja noción de presencia, fundamental para la semiótica y las ciencias humanas contemporáneas, convendría remitir al menos a las obras de Gumbrecht (2003), Landowski (1997, 2004) y Parret (2006).

actual y potencial, la ceniza y la sonrisa. El autor ha construido un objeto simbólico que, lejos de ser uniforme, despliega un juego de cercanías y distancias capaz de imponer una relación escalonada con el significado poético. Como lectores del poema, podemos aprehender la espuma, casi podríamos percibir la ceniza para constatar sus desemejanzas con la espuma, y si pudiéramos ver unos labios sonrientes y amados conseguiríamos el mismo apaciguamiento que al enunciador le proporciona la contemplación de la espuma. Al relieve del sentido en la escritura le corresponde entonces, en medida equivalente, la *pregnancia* de las estructuras proyectadas por la conciencia del lector en la lectura: a mayor relieve, mayor *pregnancia*, de suerte que la serie real - actual - potencial define a la par el estatuto existencial de lo escrito y la manera en que será leído. Italo Calvino discrimina con su característica lucidez esta gradación de los modos de ser y hasta incluye en ella *lo virtual*, ajeno al poema de Claudio Rodríguez pero que en la tradición semiótica completa la serie convirtiéndola en un sistema sublógico de cuatro términos, (1) actual - (2) real - (3) potencial - (4) virtual (Fontanille, 2003: 67-69):

— Leer —dice— es siempre esto: hay una cosa que está ahí, una cosa hecha de escritura, un objeto sólido, material, que no se puede cambiar, y a través de esta cosa nos enfrentamos con alguna otra cosa que no está presente, alguna otra que forma parte del mundo inmaterial, invisible, porque es solo pensable, imaginable [virtual], o porque ha existido y ya no existe [potencial], ha pasado, perdida, inalcanzable, al país de los muertos...

—... O que no está presente porque aún no existe, algo deseado, temido, posible [actual] o imposible—dice Ludmilla—, leer es ir al encuentro de algo que está a punto de ser [real] y aún nadie sabe qué será... (Calvino, 2013: 89).

Difícilmente hubiera podido explicarse mejor, desde dentro de la literatura, tanto la convocación de la presencia en la lectura, que constituye la esencia de esta, como los plurales niveles de existencia de aquello que la lectura convoca, en tensión desde lo virtual (*alguna cosa solo pensable, imaginable*) hasta lo real o casi real (*algo que está a punto de ser*), pasando por lo actual (*algo deseado, temido, posible*) y lo potencial (*algo que ha existido y ya no existe*). Como se afirmó al comienzo, la lectura del texto figurativo, que vive el lenguaje y en el lenguaje, realiza la función simbólica captando las escalas interdefinidas de la presencia del mundo en las palabras y de las palabras en el mundo, ya felizmente desentendidos uno y otras de toda barrera ontológica entre ellos⁸.

8 Uno de los autores que desde la estética ha propuesto tesis convergentes con las de la semiótica de la presencia es el alemán Martin Seel (2011), al que habremos de referirnos más adelante.

4. EL ESPEJO DEL LECTOR

Pero si *Si una noche de invierno un viajero* reviste tal relevancia para una teoría de la lectura no es solo por la inteligencia de sus análisis, que coinciden casi categorialmente con los de la semiótica y los de las ciencias del lenguaje contemporáneas, sino porque además en tanto metanarración nace de una idea del leer natural u ordinario que le devuelve a este todo lo que tiene de *energeia*, de irrupción viva del sentido durante el acto lector.

Dicha lectura ordinaria de textos figurativos solo puede comprenderse, al igual que la comprende Calvino en el párrafo citado, como una reconstitución por el lector de la presencia convocada por el autor en la escritura, es decir de la realidad amarrada a su descripción verbal. El lector, en efecto, ocupa siempre una posición especular respecto del escritor, y junto con el último “hace renacer el acontecimiento y la experiencia del acontecimiento”, según la conocida fórmula de la lingüística fenomenológica (Benveniste, 1976: 25). Semejante simetría se debe a que —he aquí nuestra hipótesis clave, por arriesgada que parezca— escribir y leer respetan sin proponérselo unas mismas reglas, perceptivas y cognitivas, ante su fenómeno propio, esto es ante el acto de conciencia verbalmente encarnado. Convendría entonces combatir la creencia, muy habitual, en el desamparo de la literatura frente al lector quien, al filtrarla presuntamente a través de sus disposiciones psicológicas (de sus afectos) o sociales (de su *habitus* y su *ethos*), “inventaría” el sentido de la obra mucho más de lo que lo “extraería” de ella. Este alegato de doble indefensión, psicológica y sociológica, del texto literario descuida sus estructuras corroborables: la psicología las disuelve en la subjetividad de la conciencia del lector, y la sociología en la objetividad de sus modos sociales de ser y de hacer. Ahora bien, bajo la lente antropológica, toda lectura revela estar compuesta por una diferente aleación de lo objetivo y lo subjetivo: la lectura es una práctica ejecutada por un sujeto intencional, el lector, que sigue las huellas de otra práctica, la escritura, llevada a cabo por un sujeto también intencional, el autor; las intencionalidades de ambos convergen y se encuentran en ese artefacto programado, o al menos estratégico, que es el texto literario (Iser, 1987; Ouellet, 2000: 339-350). Un artefacto que informa por igual la experiencia en producción del autor y la experiencia en recepción del lector a partir de su propia identidad fenomenológica, amasada claro está de cultura o, lo que es lo mismo, de sentido socialmente cristalizado. Se diría por tanto que una teoría racional de la lectura debe encontrar otro balance distinto entre el lector y el texto, entre el sujeto y el objeto: no puede sin duda desdeñar ni al uno ni al otro en la construcción y reconstrucción del sentido, pero tampoco, en ningún caso, omitir la mediación concreta que enlaza a los dos, los signos materialmente inscritos en el texto, ya que esos signos son el efectivo catalizador a la vez de la psicología y de la sociología del lector, de sus pasiones y sus

determinaciones. Y eso por no hablar de la causalidad circular que enlaza la subjetividad lectora con la eficiencia textual, ni la pervivencia de los textos con su reviviscencia subjetiva: al ser los lectores lo que son porque han atravesado un largo proceso de socialización dentro del campo literario, y al sostenerse el campo literario sobre la continuidad de las prácticas lectoras, resulta tan gratuito enfatizar la ingobernable subjetividad de la lectura como decretar su objetividad pronosticable.

De darse por buenas algunas de tales tesis —y es obligado si no queremos refrendar los dos mitos correlativos de la inefabilidad de la lectura y de la nulidad del texto—, habrá que explorar el *modus operandi* de ese acto de co-enunciación por medio del cual el lector regenera el sentido del texto, y al hacerlo reconstituye la presencia de un fragmento del ser. Dichas co-enunciación y co-construcción lectoras ocurren, *vienen a ser desde el ser* siguiendo sus diferentes grados de existencia semiótica antes examinados, porque la lectura viva y vivificadora actúa ante todo, no sorprenderá, como *mimesis*, como identificación activa, primero sensible, y luego pasional y cognitiva, con las situaciones sensibles, pasionales y cognitivas literariamente elaboradas en el texto⁹. En otros términos, el lector imita en cuerpo y alma, al leer, los estados del mundo y los acontecimientos de los que la textualidad da fe con sus palabras: la lectura es una experiencia que consiste, fundamental y fundacionalmente, en *compartir las formas de otra experiencia* de la que quedan trazos, huellas, es decir signos, grabados en el objeto semiótico que la provoca y la dirige, el texto (Fontanille, 2011: 180). Una experiencia vicaria de la que los propios escritores son a menudo más conscientes que los estudiosos, quizá porque están menos aquejados que estos de prejuicios escolásticos —lo cual explica su abundante comparecencia en estas páginas como apoyo argumentativo—:

No en vano, así como todo artista va de la vida al lenguaje y todo espectador va del lenguaje a la vida, así ambos, artista y espectador, transcurren bajo el imperio de las circunstancias (Menéndez Salmón, 2010: 127).

Si Ricardo Menéndez Salmón menciona, en la precedente frase extraída de *La luz es más antigua que el amor* (2010), el viaje de ida y vuelta entre lo vivido y lo expresado a través de la presencia textual, Marguerite Yourcenar, en *Cómo Wang-Fô fue salvado* (1998 [1938]), restituye a la lectura mimética, aquí confundida con la contemplación de una pintura —hay más similitudes que diferencias entre *leer* y *ver* un cuadro—, todo lo que tiene de auténtica *paideia*, de educación de la sensorialidad, de los afectos y de la inteligencia:

9 Para una revisión de los procesos cognitivos de la lectura literaria puede consultarse el siempre útil volumen de *Poetics Today* editado por Richardson y Steen (2002); y para la descripción de las bases neurofisiológicas de la lectura en general, las obras de Dehaene (2007) y de Wolf (2008).

Entonces, comprendiendo que Wang-Fô acababa de regalarle un alma y una percepción nuevas, Ling acostó respetuosamente al viejo en la habitación en la que su padre y su madre habían muerto (Yourcenar, 1998: 14).

Pero todavía hay que llevar más allá la reivindicación por las ciencias sociohumanas de la mimesis en cuanto universal antropológico (Taussig, 1993; Storey, 1996): el estado de identificación mimética del lector con lo leído, constitutivo y formativo de la subjetividad lectora, resulta real, y ello aun cuando sus contenidos puedan ser imaginarios. Recuérdese, a este respecto, que leer y escribir literatura son experimentar una presencia, y no necesariamente concretar la objetividad o enunciar la verdad. Por un lado, la ontología de la presencia incluye lo ficticio, lo pasado y lo inactual, y por otro, la presencia no está sujeta a la lógica vericondicional propia de los discursos científicos. Y tampoco se trata de eso, como lo insinúa la misma Yourcenar al hacer de su personaje artista un fenomenólogo, un perseguidor de apariencias, de *presentificaciones*, poco propenso a acatar el imperio de los objetos objetivados:

[...] Wang-Fô se detenía por la noche para contemplar los astros, durante el día para mirar las libélulas. Iban poco cargados, pues a Wang-Fô le gustaba la imagen de las cosas, y no las cosas mismas, y ningún objeto del mundo le parecía digno de ser adquirido, salvo los pinceles, los botes de laca y de tintas de china, los rollos de seda y de papel de arroz (Yourcenar, 1998: 11).

Es probable que este análisis de la lectura como mimesis integral, identificación y adaptación sensible, pasional y cognitiva del lector a lo leído provoque cierto rechazo en los "actores" sociales contemporáneos, imbuidos de su incondicional e incondicionada libertad subjetiva. Pese a ello, parecería sensato reconocer con humildad que leer, en lo que tiene de experiencia estética, consiste ante todo en *dejarse determinar* voluntariamente desde el texto, lo que reduce en buena medida, es cierto, la independencia del sujeto cultural (Seel, 2010). A cambio de la renuncia a la plena soberanía del lector sobre las obras literarias, e incluso sobre las prácticas lectoras, aumenta el conocimiento de cuánto significa participar en la lectura no como *ergon*, sino como *energeia*, semiosis viva o en acto y no rito de consumo cultural o rutina escolar o profesional. Por otra parte, además, asumir la especularidad de la posición lectora respecto de la posición escritora acarrea menos una merma del sujeto libre, el gran miedo actual, que la emergencia de un sujeto dual, complejo si no múltiple, y de condición dialógica; es decir, implica el establecimiento de una intersubjetividad simbólica. De lo contrario, de no darse en el acto lector una confluencia, guiada por la intención de la obra, de las respectivas intencionalidades del escritor y del lector, la lectura sería el paraíso del solipsismo, de la incomunicación

entre conciencias y de la intraducibilidad entre lenguajes. Pero manifiestamente no es eso lo que sucede al leer. No solo porque el presunto solipsismo del lector se antoje una afirmación contraintuitiva, puesta en entredicho por siglos de consistente práctica social (Cavallo y Chartier, 2011), y por todas las instituciones del sentido (Descombes, 1996), por ejemplo por la documentación, la enseñanza, la crítica, la investigación, etc., sino también porque, como en su día argumentó Ludwig Wittgenstein, a un lenguaje privado, exclusivamente singular, tampoco cabría llamarlo en puridad “lenguaje” (1988: 243-315): si fuera privado, no sería lenguaje, y si fuera lenguaje, no sería privado. Con esta disyuntiva es difícil llegar a ninguna componenda en un mundo humano donde se sueldan inseparablemente la palabra, la comunicación y la cultura, y donde escribir y leer significan *entrar de lleno en sociedad*.

5. LEER DESDE EL CUERPO

Ya han aflorado en este texto algunos términos clave como “sensible” y “corporal” que, al sacudir el idealismo de la mayoría de las teorías de la lectura, constituyen la mejor contribución de la semiótica a la inteligibilidad del acto lector. Cada vez se vuelve más claro, en efecto, que la condición de posibilidad de la lectura en cuanto experiencia estética institucionalizada es otro tipo de vivencia más inmediata, *estésica* antes que estética, la de la *iconización encarnada* que se engendra al leer. Tal ajustamiento analógico entre el lector y lo leído, fundamento biológico de la mimesis, opera a través del cuerpo del sujeto cultural, agente y paciente a la vez del proceso de lectura. La semiótica, a diferencia de tantas otras visiones y versiones exclusivamente intelectualistas o, si se quiere, únicamente cognitivas de la lectura, insiste así pues en que el lector es, ante todo, un cuerpo que lee. Ese cuerpo del lector, o más bien ese verdadero *cuerpo-lector*, transido por la corriente del lenguaje, es capaz de adaptarse miméticamente a lo leído gracias a su equipamiento sensorial; y de rescatar, a partir de los indicios verbales diseminados en el texto figurativo, la experiencia de la presencia, la manifestación graduada y escalar del ser. Cuando lee, el sujeto hace de su campo de presencia discursiva un campo de presencia sensible, transido de fuerzas en conflicto, recorriendo al revés el camino desde la percepción al discurso. Y semejante milagro se produce porque la presencia discursiva tiene el poder de poner en tensión la materia y la energía corporales, estimulando la sensoriomotricidad que todos los sentidos comparten y que los reúne en un haz coherente, en una síntesis polisensorial. Así el dinamismo sensoriomotor, inherente a la vida orgánica y soporte de su orientación intencional hacia las cosas —y, en el caso de los hombres, hacia el lenguaje—, es el núcleo del proceso lector: la aprehensión del mundo sensible, y del texto literario que lo representa, siempre está en movimiento; y

siendo intencional todo movimiento hacia el texto-mundo, es también por ello mismo significativo (Fontanille, 2011: 85).

De nuevo en este punto el saber práctico que los escritores tienen de la actividad estética de la lectura, correlato de la actividad estética de la escritura, semeja más esclarecedor que muchas de nuestras especulaciones, cuyo escolasticismo inconsciente tiende a universalizar los cerebrales y artificiales métodos de lectura del lector académico como si fuesen los modos impremeditados de leer los textos literarios. El insoslayable Italo Calvino, en concordancia con lo que acabamos de afirmar sobre la esencial sensoriomotricidad de la lectura ordinaria, distingue dos clases de movilidad lectora. Primera, la de los ojos que exploran los signos del texto y que reestablecen su sentido; y segunda, derivada con toda naturalidad de la primera, la del lector que *es explorado* por las palabras del texto:

En este aire transparente y sutil me parece captar en su figura inmóvil los signos de ese movimiento invisible que es la lectura, el curso de la mirada y de la respiración, pero aún más el recorrido de las palabras a través de la persona, su fluir o detenerse, los impulsos, las demoras, las pausas, la atención que se concentra o se dispersa, las vueltas atrás, ese recorrido que parece uniforme y en cambio es siempre mudable y accidentado (Calvino, 2013: 139).

En opinión de Bernard Noël, la síntesis de esos dos movimientos, el del recorrer y el del ser recorrido por el flujo verbal, alimenta la “proyección concreta” del cuerpo durante la lectura (Noël, 1994: 27), su sensoriomotricidad constitutiva. Un prodigio que para el poeta francés genera la presencia de lo leído *ante* la conciencia pero también *para* o *en* la carne lectora, es decir, en realidad, en la conciencia encarnada del lector:

No vean en lo que acabo de decir una simple imagen: ustedes saben que se trata de la expresión del más concreto de los movimientos. Nuestro cuerpo no se proyecta solo con el pensamiento: alcanza más lejos que su piel, y se envuelve en algo en lo que se puede reconocer presencia, una presencia (Noël, 1994: 27).

Solo el lector profesional, distante y distanciado, se siente a sus anchas para bloquear en parte el impulso sensoriomotriz de la lectura y para mantenerlo bajo el control de un puro juicio; un juicio que, como lógica consecuencia, reduce después a mero simulacro sónico la comparecencia del mundo al leer. La artificiosidad de esta operación es en buena medida responsable de la sorpresa que, según testimonio de San Agustín en

uno de los más memorables fragmentos de sus *Confesiones*¹⁰, causaba asistir a la lectura en silencio de Ambrosio, obispo de Milán. Privarse de reencarnar en una enunciación viva el enunciado leído, restringir la sensoriomotricidad a las leves vocalizaciones y gesticulaciones apenas perceptibles que siempre se hacen cuando se lee (Golder y Gaonac'h, 2002: 55), se les antojaba antinatural a los lectores de la época:

Mientras leía, recorrían las páginas los ojos y el corazón profundizaba el sentido, pero la voz y la lengua descansaban. Muchas veces, estando nosotros presentes —porque a nadie se le prohibía la entrada, ni había costumbre de anunciarle al visitante—, le vimos leer así en silencio y jamás de otra manera. Y después de haber estado sentados largo rato sin decir nada —¿quién se hubiese atrevido a importunar a un hombre tan abstraído?— nos retirábamos suponiendo que durante ese breve tiempo que podía encontrar para fortalecer su espíritu descansando del tumulto de los asuntos ajenos, no quería que se le distrajese. Tal vez se guardaba temiendo que un oyente, atento y cautivado ante un pasaje un tanto oscuro del autor que leía, lo obligase a explicar o discutir algunas cuestiones más difíciles y que, por el tiempo empleado en ese menester no lograra leer tantos volúmenes como quisiera. Aunque acaso también el cuidar su voz, que se le enronquecía con mucha facilidad, pudiera ser el verdadero motivo de que leyese en silencio. Mas fuese cual fuese la intención con que lo hacía aquel varón, seguramente era buena (San Agustín, 1992: 87).

Ahora bien, la bulliciosa dramatización lectora conoce el modo de proseguir en el interior del cuerpo, trocando paulatinamente el movimiento intrínseco a la lectura en tensiones cada vez más imaginarias —pero no por ello menos eficaces, fenomenológicamente hablando— de la sustancia somática. El cuerpo-lector, móvil y sensible, se configura así, en la historia colectiva de la lectura al igual que en la historia personal de cada lector, como el instrumento de una reversibilidad incesante de lo material y de lo simbólico; o, si se prefiere, como el proveedor de materia para la encarnación de lo simbólico. Cosa que no tiene nada de raro, puesto que este es el *modus operandi* de todo acto de lenguaje, de toda producción de sentido: el cuerpo es el lugar en el que los seres humanos acomodamos a lo que percibimos lo que sabemos, en el que reunimos los significantes del mundo natural con los significados del mundo cultural. Por ejemplo, cuando vemos un árbol, nuestro cuerpo funciona en tanto interfaz en la que entran en contacto las cualidades materiales y sensibles del ente “árbol” con el conocimiento enciclopédico de que disponemos sobre él; estamos al corriente de que el árbol es un vegetal, de que tiene infinidad de usos industriales y aplicaciones prácticas, de

10 Citamos por la traducción de Francisco Montes de Oca en la Editorial Porrúa (1992).

que ha sido un objeto tradicional de reflexión poética, y un sinfín de informaciones más. A la inversa, cuando pronunciamos o leemos la palabra “árbol”, el cuerpo del locutor o del lector refresca sin deliberación ni esfuerzo la experiencia sensorial de las propiedades físicas del pino o del abeto, su vista colorida, su tacto rugoso, su olor penetrante. Dicho de otro modo, en la percepción se despliega una secuencia de transformaciones, o con más propiedad un proceso semiogenético, que conduce desde la materia hacia la palabra, y en la lectura se reforma en dirección contraria la secuencia transformadora desde la palabra hacia la materia. Y todo ello sucede en el cuerpo del lector, cuya carne laboriosa simboliza el mundo a la vez que “mundifica” el símbolo, que *hace mundo* de las palabras. Las etapas de este itinerario de ida y vuelta podrían someramente esquematizarse así, empleando el lenguaje semiótico que denomina a la naturaleza (a sus perceptos) lo *exteroceptivo*, a la cultura (a las imágenes mentales y los conceptos) lo *interoceptivo*, y al cuerpo humano (a la carne sintiente y pensante) lo *propioceptivo* (Ouellet, 2000: 81-106):

PERCIBIR EL MUNDO, LEER EL TEXTO:

ISOMORFISMO ESTRUCTURAL

(Proceso semiogenético o secuencia transformadora: de los sentidos al sentido)

Propioceptivo (El cuerpo propio / La carne)			
Exteroceptivo		Interoceptivo	
Cosa percibida	Percepto sensorial	Imagen mental	Significado verbal
Naturaleza		Cultura	

El isomorfismo estructural que aquí queda reflejado entre las primeras y las últimas etapas de la secuencia, entre la *percepción discursiva* (leer el texto) y la *percepción natural* (ver, oír, tocar, oler, degustar la realidad), y al revés, por medio del cuerpo sintiente y pensante, que lee iconos de la experiencia y que percibe experiencias iconizables, es la clave a la hora de comprender la presentificación del mundo durante la lectura ingenua o espontánea, esa lectura que confía en el lenguaje para resucitar la vivencia porque antes la escritura ha confiado en el lenguaje para conservarla. Los hombres suelen vivir y decir el mundo en un mismo gesto expresivo; para ellos el continuo entre el lenguaje y el ser no es, como para el investigador distanciado, una hipótesis teórica, sino una evidencia práctica.

6. LEER, VIVIR, GOBERNARSE, SER GOBERNADO

Una evidencia práctica que anula la convencional solución de continuidad entre la naturaleza y la cultura, entre la *physis* y el *logos*, entre lo sensible y lo inteligible, por mucho que nos cueste desembarazarnos de antítesis profundamente arraigadas en nuestra visión occidental del mundo, parte de las categorías mentales a través de las cuales aprehendemos la realidad, pero que a un agricultor de la India o a un artista de Extremo Oriente, sin ir más lejos al mismo Wang-Fô de la *nouvelle* de M. Yourcenar, le parecerían profundamente extrañas.

Y si la evidencia práctica del leer espontáneo u ordinario pone en cuestión la tosquedad de dichas categorías, revela también toda la *gracia* de la lectura, en el sentido trivial pero también en el cuasi-religioso al que se aludió al principio. La lectura es esa actividad estética durante la que las palabras leídas se convierten en estesia, en animaciones de la carne medio real medio imaginaria del lector absorto en lo que lee: al leer, el cuerpo-lector tensa al máximo sus posibilidades antropológicas. La identificación mimética con las palabras inducida por la lectura, la iconización encarnada en quien lee, funde y confunde al lector con lo leído, volviéndolo inherente a la presencia convocada por el texto literario. La restitución plena, por medios simbólicos, de la vivencia que entonces acontece da razón de la sentencia fenomenológica según la cual el hombre es todo lo que siente y todo lo que percibe¹¹, sin que la distancia objetivante pueda destruir por completo el vínculo que une el cuerpo y la conciencia a la vida y al ser.

Ello no significa, nada más lejos de la verdad, que la razón o la crítica sean ajenas a la experiencia literaria. Las palabras del texto figurativo, claro está, no se contentan con renovar la vida, con actualizar el ser. Además de engendrar sustancia sensible y experiencia somática, primera manifestación del vivir, y de estimular los afectos y las emociones, segunda manifestación, contribuyen poderosamente a que el lector perfeccione sus competencias cognitivas, puesto que no hay un corte abrupto entre sensibilidad e inteligibilidad, siendo ambos órdenes de la experiencia permanentemente reversibles. En la vida humana, embrollo inextricable de naturaleza y de cultura, lo inteligible emula a lo sensible, y lo sensible se cumple en lo inteligible. Y tampoco parece necesario ni conveniente jerarquizar de una vez y para siempre ambos extremos de lo que es un continuo: la lectura abstracta y conceptual tiene tantos, pero no más derechos, que la lectura figurativa y estética, y quienes leen activan en mayor o menor grado una u otra en función de los géneros, las finalidades y los marcos sociales de su actividad lectora.

Durante este recorrido de ida y vuelta entre los sentidos y la inteligencia, entre el percepto y el concepto, el lector se va gestando a sí mismo como identidad,

11 Este argumento se despliega a lo largo de toda la obra de M. Merleau-Ponty (1945) y en particular E. Caccio lo prolonga a su modo (2011).

como mismidad, inducido a ello por el sueño de una autonomía armada de cultura, de una subjetivación plena y consciente. Con todo, parejo sueño se ve en parte contradicho por la patente dependencia del lector respecto de lo que lee, por su entrega confiada al texto, a su sentido y, según Sartre, a su capacidad reveladora y transformadora de la realidad (1985 [1948]). Leer es también, y sobre todo, dejarse determinar, y hay algo paradójico en pedirle a los textos de otros, en cuyas manos nos ponemos, que nos ayuden a ser eminentemente, así lo dice el lenguaje ordinario, “nosotros mismos”. Paradoja de la construcción simbólica de la identidad que no es sino aparente dado que, como muy bien saben las ciencias sociohumanas, el “uno mismo” solo puede gestarse en el seno de la sociedad, por la misma razón por la que únicamente la homogeneidad permite la heterogeneidad, e incluso la regla la libertad.

Ese “yo mismo”, esa identidad en devenir (Ricoeur, 1990) forjada en las fracturas de la experiencia lectora, ese crecimiento del lector que se deja condicionar y reacondicionar por lo que lee, por los inéditos estados somáticos, pasionales y cognitivos que experimenta al leer, y que le muestran la vida bajo una nueva luz, explica las incontables *políticas de la lectura* que han imaginado hasta hoy todas las formas de gobierno. Pues cualquier gobierno es consciente de que la lectura inventa en cuerpo y alma al sujeto, a un determinado tipo de sujeto o a una parte típica del sujeto, y quizá la parte del lector que se cree más emancipada. La anhelada autonomía del lector, su gobernarse, no está en efecto tan lejos del *ser gobernado* por la sociedad como pudiera pensar la buena voluntad cultural: la lectura es experiencia colectiva hecha símbolo, incluso en las más recónditas intimidades del sentir y del padecer —y no solo del conocer—, y en cuanto tal heteronomía asumida, si no siempre enteramente comprendida. Pero esto último, la entrada del consumidor de literatura con sus sensaciones, afectos y pensamientos en régimen de control social es asunto de otro discurso, del que nuestro trabajo sobre el cuerpo-lector y sobre la presencia del mundo en el símbolo constituye solo un preámbulo necesario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENVENISTE, É. (1976). *Problèmes de linguistique générale I*. Paris: Seuil.
- BOURDIEU, P. (1992). *Les règles de l'art*. Paris: Seuil.
- CACCIO, E. (2011). *La vida sensible*. Buenos Aires: Marea.
- CAVALLO, G. y CHARTIER, R. (2011). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- CHARLES, M. (1998). *Introduction à l'étude des textes*. Paris: Seuil.

- COQUET, J.-C. (2007). *Physis et Logos. Une phénoménologie du langage*. Paris: Presses Universitaires de Vincennes.
- DEHAENE, S. (2007). *Les neurones de la lecture*. Paris: Odile Jacob.
- DESCOMBES, V. (1996). *Les institutions du sens*. Paris: Minuit.
- FONTANILLE, J. (2003). *Sémiotique du discours*. Limoges: Presses Universitaires de Limoges.
- _____ (2011). *Corps et sens*. Paris: Presses Universitaires de France.
- GADAMER, H.-J. (2012). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GOLDER, C. y GAONAC'H, D. (2002). *Leer y comprender. Psicología de la lectura*. México: Siglo XXI Editores.
- GREIMAS, A.-J. (1987). *De l'imperfection*. Périgueux: Pierre Fanlac.
- GUMBRECHT, H.-U. (2003). *Production of presence. What meaning cannot convey*. Stanford: Stanford University Press.
- ISER, W. (1987). "El proceso de lectura: enfoque fenomenológico". En *Estética de la recepción*, J. A. Mayoral (comp.), 215-244. Madrid: Arco / Libros.
- LACAN, J. (1966). "Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse". En *Écrits*, 237-322. Paris: Seuil.
- LANDOWSKI, E. (1997). *Présences de l'autre*. Paris: PUF.
- _____ (2004). *Passions sans nom*. Paris: PUF.
- MENÉNDEZ SALMÓN, R. (2010). *La luz es más antigua que el amor*. Barcelona: Seix Barral.
- MERLEAU-PONTY, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- NOËL, B. (1994). *Le syndrome de Gramsci*. Paris: P.O.L.
- OUELLET, P. (2000). *Poétique du regard. Littérature, perception, identité*. Quebec / Limoges: Presses du Septentrion/Presses Universitaires de Limoges.
- PARRET, H. (2006). *Épiphanies de la présence*. Limoges: PULIM.
- RICOEUR, P. (1990). *Soi-même comme un autre*. Paris: Seuil.
- RICHARDSON, A. & Steen, F. F. (eds.) (2002). *Literature and the Cognitive Revolution. Poetics Today*, 23, 1.
- SAN AGUSTÍN (1992). *Confesiones*. México: Editorial Porrúa [Traducción de Francisco Montes de Oca].
- SARTRE, J.-P. (1985 [1948]). *Qu'est-ce que la littérature*. Paris: Gallimard.
- SEEL, M. (2010). *El balance de la autonomía*. Barcelona: Anthropos.
- _____ (2011). *Estética del aparecer*. Madrid: Katz.
- STOREY, R. F. (1996). *Mimesis and the Human Animal. On the Biogenetic Foundations of Literary Representation*. Evanston: Northwestern University Press.
- TAUSSIG, M. (1993). *Mimesis and Alterity*. New York: Routledge.
- TODOROV, T. (1978). *Les genres du discours*. Paris: Seuil.
- VIALA, A. (1985). *Naissance de l'écrivain*. Paris: Minuit.

WITTGENSTEIN, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Madrid: Crítica.

WOLF, M. (2008). *Cómo aprendemos a leer*. Barcelona: Ediciones B.

YOURCENAR, M. (1998 [1938]). "Comment Wang-Fô fut sauvé". En *Nouvelles orientales*, 9-27. Paris: Gallimard.

Recibido el 20 de mayo de 2015.

Aceptado el 30 de septiembre de 2015.